tió en su boca, paladar y garganta tan gran suavidad y dulzura, que la miel le parecía desabrida en comparación de la dulzura que sentía rezando su devoción; y lo mismo dice aconteció a otro religioso de la Orden del Císter.

Por lo menos respecto de la suavidad y devoción interior quéjese de María quien no la gustare, si la sirviere fielmente: oigamos a algunos experimentados. Ekeberto abad dice: ¡Oh grande y poderosa Señora, que aun nombrarte no podemos, ni tomarte en la boca, sin que abrases las almas; ni pensar en ti, sin que alegres el corazón de los que te aman! Jamás llegaste a llamar a las puertas de la memoria piadosa de tus devotos, que no les llenases de dulcedumbre y suavidad celestial. Lo mismo sintió y confesó San Bernardo; porque el favor que hizo este Santo a la Virgen de regalarle con su leche, si se lo concedió, una o dos veces sensible, otorgóselo invisiblemente infinitas. Con la misma experiencia dijo San Agustín, que María era la tierra de promisión que manaba leche y miel. Y en otra parte: No hay cosa más dulce que el amor: pero no hay amor de criatura que sea comparable con el de María: luego no hay cosa más dulce que Ella. San Efrén la llamó paraíso de deleites.

San Ambrosio maná; porque verdaderamente se entiende bien de María lo que dijo el Eclesiástico: Mi espíritu es más dulce que la miel, y mi herencia mejor que la miel y el panal. Por lo cual Ricardo de San Lorenzo dijo: El espíritu de María es dulce, porque es una muy singular despensa del Espíritu Santo, el cual se llama dulzura del Padre y del Hijo, y luego añade: María es aquella miel que, al gustarla, ilumina los ojos de Jonatás, esto es, del justo. Esta Señora es (dice San Pedro Damiano, en el sermón de la Anunciación), la que con dulces memorias basta para endulzar nuestros afectos, y cuyo pensamiento recrea las almas. Esta Señora es aquella sobre quien bajó el dulcísimo Dios derramando en su alma toda la suavidad y dulzura de su deidad; y así no pudo dejar de quedar dulcísima, aun cuando ella fuera de suyo desabrida; cuándo más siendo tan suave, dulce y apacible. Por esto dijo San Juan Damasceno: Bástales, Señora, por galardón y premio de sí misma, que es la alegría y gozo que causa, exentos y libres del ladrón que los robe. ¿De qué deleite o de qué suavidad tan grande no gozará el que tiene a María en su memoria, o por mejor decir, para quien es el libro de sus dulces memorias? Y si sólo la

memoria y el acordarse de ella de esta manera, llena de dulzura y suavidad el alma, ¿qué no hará su presencia, como infiere San Pedro Damiano? Esta dulzura que sienten los devotos de la Señora, vio un gran siervo de Dios, que acertó a estar allí entonces, cómo andaba la Virgen en medio de ellos, dando a cada uno de un divino néctar, que en un vaso llevaba: señal de la dulzura y devoción que les infundía.

CAPÍTULO XXII

De qué modo debemos amar y servir a María, Madre de Dios y Reina de los ángeles.

Falta ahora decir, cuál ha de ser el fino y verdadero amor a la Madre de Dios, y cómo será servida y reverenciada nuestra reina y madre de sus fieles hijos y verdaderos devotos. Para esto es digno de mucha consideración lo que hemos ya advertido (y no importa que se repita por ser muy importante), que se ame a la Virgen sobre los demás títulos por

los cuales merece ser amada y reverenciada de mil mundos, por aquel principalmente de que Dios gusta sumamente de ello; pues no podremos amar a María con mayor contento suyo, que porque Dios lo quiere. Esto es, debemos amarla con amor de caridad, amando al mismo Dios y andando siempre con una grande estima de esta Señora; pues es inmenso lo que Dios la estima y lo que quiere que la amemos y reverenciemos: que no es sin razón, ni sin merecimientos de María, ni sin deuda de parte de Dios; pues conoce que la tiene con su querida Madre, a quien amó como a su alma y vida.

Importa también tener para con María afecto de esclavos y de hijos, para reverenciarla y servirla humildemente como a nuestra Reina y Señora soberana de todo lo criado, y confiar en ella y acudir a la misma, como a madre dulcísima y muy tierna. Hemos de mirarla juntamente como medianera entre su Hijo y los pecadores, acogiéndonos siempre a sus piadosas y blandas entrañas, para que aplaque a Dios, y recabe de Él el remedio de nuestras necesidades, ofreciendo por medio de Ella todos nuestros servicios, oraciones y afectos: porque así como todas las mercedes que nos hace

Dios nos vienen por ella, así todas las gracias que le hemos de dar, y cuantos servicios hiciéramos, han de ser también por su medio. Pues es razón que por los mismos canales por donde nos vienen todos los beneficios, torne también nuestro reconocimiento, que es decir por las benditas manos de María; porque así como no hace Dios cosa que no sea por María, tampoco nosotros hemos de hacer cosa alguna que no sea por Ella, para que la ofrezca a su Hijo, y su Hijo al Padre de misericordias. Del fruto que hay en hacer esto, tenemos en mi religión algunas experiencias; baste decir, que por semejante devoción llegaron dos de ella, el uno en sólo nueve meses, y el otro en ocho, que vivieron en la Compañía, no sólo a la perfección, sino a tan eminente grado de santidad, que el primero (que es el beato Estanislao de Kostka) lleva resucitados ya diez y ocho muertos; de cuya devoción, por ser muy sabida en Europa, no quiero hablar más aquí. El segundo fue otro santo mozo que, aunque de menos edad, porque no vivió sino diez y siete años y medio, y menos tiempo de religión, que fue sólo de ocho meses, le imitó en la virtud y santidad; la causa fue porque tuvo igual devoción a la Virgen. Este es el casto y angélico mancebo Alonso de

Obando, cuyas admirables virtudes, si aquí quisiera resumirlas, me distraerían mucho del asunto; y así sólo apuntaré algo, para ejemplo nuestro, del afecto que tenía a esta Señora. No hacía obra que no fuese por amor de la Virgen, y acordándose de Ella. Por eso decía, que el amor que tenía a la Madre de Dios era su pan cotidiano, y en todas sus devociones entraba, y es así; porque como el pan es alimento ordinario, y manjar común de todas las comidas, así la devoción de la Virgen ha de ser ordinaria y común, que en todas las devociones ha de entrar, como acontecía en las de este santo joven. El mismo confesó a su padre espiritual, que no hacía cosa ninguna por pequeña que fuese, que no la ofreciese a la Virgen, y que traía continuamente desvelado el pensamiento en discurrir qué servicios le podía hacer; y que no le ocurría ninguno, ora fuese de dejar esto o aquello en la comida, ora de decir esto o lo otro cuando descansaba, o sentarse o ponerse en pie y otras cosas de este estilo, que no lo pusiese en ejecución por puro amor de la Virgen y ofreciéndolas a Dios por medio de Ella, porque decía: Como yo soy tan gran pecador, no me atrevo a pedir a Dios inmediatamente; y así me acojo a mi Madre, para que interceda por mí,

mortificándome yo entre día por su amor. Confesó también que nunca se dejó vencer de tentación, y que las que tenía más ordinariamente eran de tibieza; lo cual Dios permitía así, por lo que le agradaba en el modo como las vencía. Dijo que lo alcanzaba facilísimamente, con sólo pensar y decir: Yo hago esto por la Virgen Santísima; a la cual tenía presente en todas sus obras, preguntándose a sí mismo cómo las haría la Virgen. Con lo cual quedaba muy animado, procurando siempre hacer obras de hijo suyo, esmerándose principalmente en la pureza de alma y cuerpo y poseyendo un eminente don de castidad. Demás de esto andaba continuamente saludándola, y repetía muy a menudo: *Monstra te esse matrem*. Cuando en las recreaciones hablaba, siempre era de las grandezas y virtudes de esta Señora, y si no se hablaba de esto en las pláticas, luego enmudecía. Pagábale la Virgen esta afición que tenía, porque de sólo pensar en la Madre de Dios, o de día o de noche, dijo a su confesor, que se derretía en dulzura y suavidad, fuera de otros favores que recibió de manos de María.

Después de tener un gran afecto y tierno amor a la Madre de Dios como a querida Madre nuestra, es necesario no degenerar de la

dignidad de hijos de tan gran Señora, ni desdecir en las obras; porque lo que más desea la Virgen es esto: que no la llamemos madre, madre, solamente, ni que nos preciemos con la boca solamente de ser sus hijos, sino que con verdad lo seamos y con las obras lo mostremos; y el que quiere ser hijo de María ha de ser como lo fue su Hijo unigénito que parió de sus entrañas, Cristo Jesús; porque está enseñada esta gran Madre a tener por hijo a Dios; está hecha a ver delante de sus ojos un hijo tan bueno y tan santo como el Espíritu Santo, que todos los demás que adopta por hijos quiere que sean como fue su Hijo natural, al cual nos propone por dechado y ejemplar con el que nos conformemos. Miremos, pues, la vida de Jesús, e imitémosla en todo, los que queramos ser sus hermanos, e hijos de su Madre; y no hagamos cosa que no hiciere este Señor, y obediente y sólo digno Hijo de María. El de menos edad considere: qué haría Jesús a los doce, o catorce años; cómo procedería y con qué obediencia y sujeción a María, a José y otros mayores. El mancebo mire: qué haría Jesús cuando contaba sus mismos años, cuando tenía veinte o veinte y dos; qué modestia la de su rostro virginal; qué mesura y prudencia

en sus palabras; qué asiento y madurez en sus obras y qué respeto a su Madre. El varón considere también a Jesús ya hombre; qué gravedad en su persona; qué doctrina del Cielo en su boca y las obras tan heroicas que hacía. Finalmente, los de todas edades consideren la mansedumbre, la paciencia, la humildad, la oración, la caridad de este humilde Hijo de la humilde María, y procuren agradar a la Madre, haciéndose conformes a su Hijo Jesús. Y como aquello en que se imita más la vida trabajada y humilde del Hijo de Dios y de María, es la humillación y mortificación, en estas dos cosas se han de esmerar los que quieren hacerse semejantes a Jesús, y agradar a su Madre; quien con singulares favores ha mostrado lo mucho que de estas virtudes se paga. El devoto padre Martín de Alberto, gran siervo de Dios y regalado hijo de la Virgen, entre otras virtudes heroicas en que se aventajó, fue una de ellas la humildad. Estando, pues, como solía (aun cuando era sacerdote) recogiendo las basuras de toda la casa, se le apareció la Madre del humilde Jesús, alabándole por aquella acción humilde y agradeciéndosela con tan regaladas palabras, que por muchos años le duró la dulzura, que con aquella habla

de la Virgen experimentó. No menos se huelga esta gran Madre de ver en nosotros la mortificación de nuestro Señor Jesucristo, Hijo suyo. Para que fuese mortificado un devoto suyo y se abrazase de veras con la cruz, le hizo este favor que cuenta Cesáreo. Estando un afectuoso siervo de esta Señora, llamado Waltero de Birbach, oyendo misa con otra mucha gente, cuando levantó el sacerdote el cáliz halló sobre los corporales una cruz, y una cédula que decía así: Da esta cruz de mi parte, esto es, de María Madre de Cristo, a mi amigo Waltero. Como el sacerdote leyese la cédula acabada la misa, preguntó, habiendo subido al púlpito, si había allí alguien que llevase aquel nombre; y averiguado como estaba allí aquella persona, la llamó aparte, y le dio la cruz de parte de la Virgen, contándole todo lo sucedido. El la tomó con reverencia, y dándose por entendido de lo que la Virgen quería de él, se abrazó estrechamente con la cruz y mortificación de Jesucristo. Esta obligación de imitar al Hijo de María, Jesús, tienen mucho los que comulgan; pues se pueden tener por más hijos de la Virgen, ya que en cierta manera se hacen sus hijos naturales. Los demás son hijos de esta Señora por adopción o afecto; mas

los que llegan a comulgar pueden preciarse de ser más que esto, como si fueran hijos por naturaleza. La razón es porque se hacen un cuerpo y sangre con el cuerpo y sangre de Jesús, a quien parió María de sus entrañas, y como se hacen una carne con la del Hijo natural de María, son también como hijos naturales suyos; y Ella los mira como a su cuerpo y sangre, y los trata como si ella los pariera: que al fin parió a aquel con quien se hacen uno con unión real y substancial; y no es mucho que la Virgen les mire de tal modo, pues el mismo Jesús les mira como su mismo cuerpo. Por lo cual, los que comulgamos muchas veces, principalmente los sacerdotes, hemos de mirar a María como a madre natural, y más madre nuestra que de otros. De aquí se ha de sacar una devoción muy agradable a esta Señora, que es comulgar con gran devoción, y tener grande afecto a este Sacramento; por el cual nos hacemos de la manera dicha como hijos naturales suyos. Consideremos que cuanto se nos da allí en fuerza de las palabras, es solamente lo que tomó Jesús de esta Señora, que es la carne y sangre que recibió de sus entrañas; y que no tenemos otros huesos y reliquias del cuerpo de María sino es en el Santí-

simo Sacramento; del cual, como dicen los santos que es una extensión de la Encarnación, así también se puede decir que es una extensión de la filiación natural de esta gran Madre. Llega esto a tanto, que a los que comulgan hace María reverencia, como si fueran el mismo Cristo; como fue revelado a Santa Bienvenida, y a San Benito, después de haber dicho una misa, que oyó la Virgen, dándole luego una rica vestidura. Es la Eucaristía regalo muy propio de María para remediar el daño de aquel bocado que ofreció Eva, para perdición nuestra; que así como de Eva salió aquel daño, así de María salió su antídoto; y así como el veneno no fue más que lo que dio Eva, así la medicina es lo que dio María. Considérese también que estimó Dios el cuerpo que recibió de la Virgen, que nunca de él se apartó la divinidad; y aunque le dejó su propia alma, desuniéndose de Él, nunca le dejó la divinidad: dejó de ser hombre; pero nunca aquel cuerpo formado de la carne de María dejó de ser Dios.

Es también devoción muy agradable a la Virgen guardar pureza y castidad; porque como ella fue la más pura criatura que ha habido y habrá y la inventora de la virginidad,

por lo cual se nombra Virgen de vírgenes, los que ve señalarse en pureza la obligan más y son más de su casa. San José virgen fue; San Juan evangelista, con quien después vivió, virgen también fue. El primer favor que hizo a hombre alguno, después de consagrado su vientre con el Hijo de Dios, a un virgen también lo hizo; porque lo otorgó a Juan Bautista, que fue virgen toda su vida y murió por la castidad.

CAPÍTULO XXIII

De la salutación angélica, y del modo de rezar el Rosario que enseñó la Virgen a Santo Domingo y al beato Alano, con otras advertencias.

En cuanto a rezar el Rosario y decir la oración del Ave María con gran afecto y ternura, a imitación del Angel, es devoción de las de mayor dulzura y más confirmadas con milagros que podemos practicar; y más procure uno decir pocas Ave-Marías con amor y

devoción, que muchas sin ella; como la misma Virgen se lo advirtió a una persona religiosa que rezaba cada día el Rosario entero de ciento cincuenta Ave-Marías y por la multitud se descuidaba en el afecto, a la cual dijo la Madre de Dios, que se contentaba con el Rosario ordinario con tal que fuese con más devoción. Para confirmar lo que agrada a la Virgen esta su oración, no quiero decir más que lo que pasó a Santa Matilde con esta Señora, porque de paso veremos en ello declarado por boca de la misma Madre de Dios el sentido del Ave María. Dijo Santa Matilde un sábado a la Virgen: ¡Oh Reina del cielo! Si yo os pudiera saludar con tal salutación, que jamás corazón humano pudiese imaginarla mejor, lo hiciera de muy buena gana. Apareciósele luego la Virgen gloriosa, trayendo en el pecho escrita con letras de oro el Ave María, y díjole: No podrá hombre nacido llegar a hacerme mejor salutación que ésta; y nadie me podrá saludar más dulcemente que quien me saluda en reverencia de como el Padre Eterno me saludó con esta palabra *Ave*, confirmándome con su omnipotencia, para que fuese libre de toda culpa. El Hijo también, que es la sabiduría de Dios, de tal manera me llenó de luz,

que soy una clarísima antorcha, con que el cielo y tierra se ilustran; lo cual se entiende por el nombre de María, que significa estrella del mar. También el Espíritu Santo con toda su dulzura divina, penetrándome con su gracia, me hizo tan graciosa, que cualquiera que por mí buscare la gracia, la hallará; lo cual se significa por la palabra *llena de gracia*. Y en aquella palabra *el Señor es contigo* se me viene a la memoria la inefable obra y unión que toda la Santísima Trinidad realizó en mí, juntando en una persona la sustancia de mi carne con la naturaleza divina, de tal manera, que Dios se hizo hombre y el hombre Dios. El gozo y dulzura que en aquella hora sentí ningún hombre lo ha conocido bien, ni lo podrá experimentar. Por aquellas palabras *bendita tú entre las mujeres*, toda criatura con más admiración me conoce y confiesa por bendita y ensalzada sobre toda criatura, así celeste como terrestre; con decir: *bendito es el fruto de tu vientre*, se bendice y se ensalza el excelentísimo y provechoso fruto de mi vientre, que vivificó al hombre su criatura y le santificó y bendijo para siempre.

Quiero añadir la devoción que en otra ocasión enseñó también la Madre de Dios a la mis-

ma Santa Matilde, para alcanzar su patrocinio en la hora de la muerte, y es que rezase cada día tres Ave-Marías. La primera, en honra del Padre y de la omnipotencia divina: para que como se dignó levantar a la Virgen a un trono de tanta majestad, a fin de que después de Dios fuese potentísima en el cielo y en la tierra, así la asistiese en la hora de la muerte, y confortase en aquel peligroso tránsito. La segunda, en honor del Hijo y de la infinita sabiduría de Dios; para que, como llenó a la Virgen de altísima sabiduría y conocimiento divino sobre todo el resto de los santos, de modo que gozase más de la vista de la Santísima Trinidad, y excediese a los demás bienaventurados, como un sol clarísimo, así la alumbrase a ella con luz de fe y conocimiento verdadero para no ser engañada en la hora de la muerte. La tercera, en honor del Espíritu Santo y de la infinita caridad y amor de Dios; que, como llenó a la Virgen de suavidad y amor, para que después de Dios fuese la más dulce y amable persona del mundo, así la favoreciese en la muerte, comunicándole su suavidad, y amor de Dios para hacerle llevadero aquel trance tan amargo.

Acerca del modo de rezar el Rosario aunque hay muchos y muy buenos, diré uno en

particular, por ser muy agradable a la Virgen; pues Santo Domingo le encomendaba, como la misma Virgen se lo enseñó, según ella declaró a su devotísimo hijo el beato Alano, religioso de los Predicadores. El modo es, que la primera parte se reza de la Encarnación del Hijo de Dios, la segunda en honra de su Pasión, la tercera en honra del Santísimo Sacramento, e institución de aquel tremendo misterio, y de los demás sacramentos. La primera para alcanzar gracia de vivir bien, la segunda para lograr una buena muerte, la tercera para honrar el cuerpo de Cristo, recibir bien los Sacramentos y no carecer de ellos al fin de la vida. Contó también la Virgen al santo Alano muchas maravillas, que por esta devoción sucedieron a un Cardenal español, conocido de Santo Domingo, por haber tomado su consejo; y dijo, que Ella misma avisó algunos días antes el día de su muerte a aquel cardenal, a fin de que se dispusiese para ella, como lo hizo. Llegado el tiempo de su última enfermedad tuvo tal accidente, que no podía abrir la boca para recibir el Viático; y desesperados ya todos de podérselos dar, bajó la Virgen del Cielo, y con su virginal mano le abrió la boca, restituyéndole el sentido y habla, con lo que

recibió el Cuerpo de Cristo; el cual comunicó tanta gracia a aquel dichoso Cardenal, que se deshacía en suspiros y lágrimas, con tal abundancia que parecían sus ojos dos ríos. Añadió la Virgen, que el corazón, de puro dolor de sus pecados y amor de Dios, le daba tales golpes en el pecho, que se oían en el aposento, creciendo tanto su afecto, que se le partió el corazón, como si le hirieran con un cuchillo, saliéndole sangre por la boca y acabando tan dichosamente su devota vida. Aquí se puede ver la estima que hace la Virgen del Santísimo Sacramento, y lo mucho que quiere que nos dispongamos para él: pues en la devoción de su Rosario, que enseñó a Santo Domingo, quiso que celebrásemos la memoria de este misterio y nos dispusiésemos para reverenciarle, y recibirle con fruto. Otras devociones en particular no quiero encargar, porque el afecto y amor cordial a esta piadosa Madre las buscará; y para despertarlos más; convendrá algunas veces ponderar sus grandezas y virtudes.

Algunos devotos tuvo María que gastaban una hora cada día en la consideración de sus ejemplos, beneficios y prerrogativas. Así lo hacía el santo Gonzalo Silveira y otros de mi

religión; y así lo hizo y encargó el espiritualísimo Juan Taulero de la religión de Santo Domingo. Los sábados, vísperas y días de la Virgen, claro está que no se han de pasar sin que le hagamos algún servicio extraordinario. En sus festividades y las octavas de las mismas hemos de reformarnos y despertar entre nosotros mayor fervor, examinando nuestros descuidos, renovando nuestros buenos deseos, repasando los santos propósitos, confirmándonos en ellos, adelantándolos más, importunando a nuestra Madre para que nos asista siempre con su favor. En las oraciones vocales se debe advertir que el corazón diga cuatro veces lo que la lengua una, siempre con respeto sumo, a imitación de la misma Virgen, no con descuido, distracción e inmodestia; que esto desagrada a Dios, y tan lejos está de que le obligue lo que con irreverencia se hace, que antes le desobliga. A un santo monje cisterciense, que estaba enfermo, se le aparecieron otros monjes difuntos, quejándosele uno que habló por todos de que, por la irreverencia con que rezaban por ellos del monasterio, no habían salido del Purgatorio. Entre otras cosas le dijo: Aunque se juntan todos para la oración, no comen con ella el espiritual manjar;

pues cuando cantan y rezan tienen sus corazones y pensamientos ocupados en las vanidades del mundo. También cuando comulgan parece que aborrecen el celestial maná; pues lo reciben con tan poca devoción, como si fuese un manjar vil y digno de tenerse en poco. Además provocan la ira de Dios; porque cuando en honor de la Santísima Trinidad cantan el *Gloria Patri*, unos se están riendo y otros tienen en otra parte el pensamiento, y los unos y los otros no inclinan la cabeza; y si algunos la inclinan, es por la costumbre que tienen de humillarse, no porque mediten como se invoca y alaba entonces a la Trinidad de Dios, siendo como es cosa digna de tanta consideración. Por tanto, vete, y dile al abad de nuestra parte, que procure corregir estas negligencias de sus monjes, y entienda, que Dios le ha constituido su atalaya, para que miren lo que hacen, y se lo diga. En diciendo esto, el difunto desapareció; y el monje volvió en sí; y en levantándose, fue a la iglesia; y comenzando a rezar con su acostumbrada devoción delante de un altar, otra vez fue arrebatado; y vio por una ventana, que estaban sobre él mismo, unas luces más resplandecientes que los rayos del sol, y que entrando por la misma ventana una

mujer de hermosura admirable, poniéndose junto a él, le decía: ¿Conoces quien soy? No lo sé, respondió. Replicó aquella Señora: Yo soy María, Madre de Jesús; y vengo a consolarte, hacer cesar tus gemidos, y mitigar tus dolores; porque me fueron gratas tus lágrimas y oraciones. Al punto que esto le decía, los monjes que estaban al coro rezando Maitines, llegaron al *Gloria Patri*; y la sacratísima Virgen suspendiendo su plática con el monje, cruzó los dedos de una mano con los de la otra; e inclinó todo su cuerpo profundamente; y no se enderezó hasta que acabaron de decir *et Spiritui Sancto*: entonces prosiguió la plática con el monje. Estas historias he referido para que se vea lo que satisface a Dios y a su Madre quien, sin espíritu y sin la reverencia debida, ora.

Importa también para estos ejercicios devotos la perseverancia: acerca de ella sólo diré lo que sucedió al venerable Tomás de Kempis. Estando este famoso varón estudiando teología, cuando era mancebo, en la escuela de Daventria, insigne pueblo de Alemania, bajo la dirección de Florencio, maestro sapientísimo de aquellos tiempos, tenía por costumbre ocuparse una hora y más, en rezar ciertas

devociones a la Santísima Madre de Dios, a la cual amaba con amor muy encendido. Mas como algunas veces es instable y mudable la devoción de los mozos, comenzó el devoto Tomás a resfriarse en este santo ejercicio, de modo que al principio dejó de decir sus devociones un día, después dos, y poco a poco dejó de rezarlas, perdiendo su mérito y tan loable devoción. Estando, pues, en este estado, una noche tuvo una visión admirable, y fue que le pareció que estaba en el patio donde leía el maestro Florencio, oyéndole muy atento con los demás estudiantes, y que en esto bajaba del Cielo, por entre las nubes, la Señora del mundo, con hermosísimo rostro y resplandeciente vestido, y, llegando hasta dicho patio, fue a visitar a los que estaban leyendo; y como les visitaba, les iba abrazando y dándoles gracias, porque con sus lecciones procuraban que los hombres supiesen y viviesen con justicia, y vida honesta, de modo que así no quedase sin fruto en los que oían su doctrina la sangre de su dulcísimo Hijo. Tomás, como vio que con tanto amor y regalo trataba a los maestros, pensó que él sería también participante de igual merced; y poniendo los ojos fijos en ella, aguardaba que fuese a ponerse a su lado. Mas

no le sucedió como pensaba; porque después que la Santísima Virgen hubo dado abrazos a unos y a otros, llegó a donde Tomás estaba, y con unos ojos como indignados, le dijo: En vano deseas un abrazo de amor santo, enemigo cruel; pues dejando mi amistad por sola negligencia, no me pagas la pensión que me solías dar de tus encendidas oraciones. Dime, ¿en dónde están tus acostumbrados ruegos? ¿A dónde se fueron tus acostumbradas plegarias? ¿En dónde se hallarán tus piadosos sufragios, mezclados con tantos suspiros? ¿No conoces como se ha resfriado en ti la caridad? ¿Y que el amor se entorpeció? ¿Y cómo la devoción que antes me tenías ha vacilado? Y siendo esto así, con grande atrevimiento, como si no hubieses hecho delito alguno, ¿esperabas que te abrazase? Y apartando el rostro de él, como indignada, le dijo: Anda, anda, vete de mí; y entiende que eres indigno de mis abrazos, pues con tanta facilidad dejaste de decirme las oraciones que solías. Y dicho esto, subió a los cielos. El mancebo Tomás se despertó, y escudriñó su conciencia; y se halló culpado, y propuso la enmienda; y así, de allí en adelante, fue devotísimo de la Virgen Madre de Dios.

Ha de acompañar a las devociones y oraciones la pureza e inocencia de la vida; porque sin esto poco agradará lo demás. Un hombre de vida poco arreglada alababa infinito todas las veces que podía a la Virgen, Señora nuestra. Sucedió, pues, que este hombre se fue en cierta ocasión a la soledad de un páramo muy dilatado, y vino a tener grande hambre. Allí se le apareció la Madre de Dios, acompañada de muchas y hermosísimas doncellas, y le trajo un manjar suavísimo y delicado en unas escudillas sucias y mal fregadas, y le dijo: Come. Contestó el hombre: El manjar bueno y suavísimo es, mas no puedo comer de él por la suciedad y hedor de las escudillas. Repuso entonces nuestra Señora: De esta manera me sucede a mí; porque los loores que me dices, buenos y hermosos son, pero tu corazón está sucio; y por esto no me huelgo ni me deleito en tus alabanzas. Después que esto oyó, se arrepintió de sus pecados y se limpió con verdadera penitencia.

A Santa Brígida se quejó también nuestra Señora de otro que la alababa mucho y pensaba que era muy su devoto; pero no cuidaba de su vida: dijo la Virgen de él, que le hablaba vueltas las espaldas, como un soldado que se

ponía las armas al revés, y que entraba en la batalla con la vaina vacía, habiendo antes arrojado la espada.

No está solamente la devoción a la Virgen en rezarle el Rosario y oficio y otras oraciones, sino en hacer por ella obras de las virtudes de humildad, paciencia y misericordia. De un mercader de Valencia, dice San Vicente Ferrer, que por cada año el día de Navidad convidaba a tres pobres, un niño con su madre y un varón anciano, en honra de Jesús, María y José, les fue a estos tan agradable dicha caridad, que se le aparecieron los tres en la hora de la muerte y le dijeron: Porque nos recibiste tú en tu casa, nosotros te recibiremos en la nuestra. Fue también acepta la devoción de San Gregorio, de convidar a doce pobres en honra de los Apóstoles, que entre aquellos se presentó Cristo a ser su convidado; y este afecto es lo principal de la devoción, y lo que da vida y eficacia a lo demás. Obrar bien es lo que más importa, y que en orden a esto se enderecen las oraciones.

CAPÍTULO XXIV

Virtudes de María, Virgen Santísima y Madre de Dios.

Conforme a lo dicho, nos podremos proponer contemplar las altísimas virtudes de María y su estupenda santidad, para procurar su imitación; y lo primero, aquel fervor de su espíritu, aquel incendio de caridad de su alma, aquellos actos interiores, tan ardientes e intensos que en su corazón pasaban, y repetía más veces que respiraba, creciendo a tan grandes pasos en santidad, que siempre los iba doblando, y haciéndolos otro tanto más fervorosos e intensos que antes, de modo que el último que hacía era tan fervoroso y meritorio como todos los demás que había hecho en el resto de su vida juntos; y de esta suerte iba creciendo en gracia y santidad hasta el instante en que expiró valiendo su último acto por todos los demás que hizo (con ser innumerables, intensísimos y todos llenos de caridad) en setenta años de vida. Esto es tesón de virtud; esto es fervor de espíritu; esto es aprovechar; lo cual debemos imitar con todas nuestras fuerzas.

Además de estos prodigios de gracia, que pasaban en el ardiente corazón de la Virgen, todo hecho holocausto de amor, hemos también de imitar las virtudes exteriores, en que más se esmeró; si bien en todas fue igual, esto es, suma y como infinita su perfección. Con su fervorosa caridad y misericordia, cuando supo el estado en que estaba Santa Isabel tan cargada de años y encinta, voló al punto a servirla y a santificar a su hijo Juan, dejando ella su propia casa, y la quietud y descanso de su recogimiento, tan gustoso y dulce como le era todo esto; pero hízose superior a todo; y violentó el amor tan extraordinario que tenía al retiro; y se fue por montañas ásperas con gran prisa para hacer aquella obra de caridad espiritual, santificando al niño Juan en el vientre de su madre, y sirviendo a la misma madre en su preñez. Cuando no podía con obras, hacía caridad con oraciones. Bastaba advirtiese a la Virgen piadosísima alguna necesidad, para pedir luego remedio a su Hijo, como pasó en aquellas bodas de Caná, en que se acabó el vino; lo cual notando la Virgen, que más atendía a si había algo que remediar, que no a la fiesta, para que no tuviese que avergonzarse el desposado, luego pidió remedio a su Hijo y

ocultó aquella falta, solicitando Ella misma y llamando a los criados instruyéndoles en lo que habían de hacer. Esta devoción podemos tener a imitación de esta Señora, que cuando viéremos una necesidad, y por nosotros no la pudiéremos remediar, la encomendemos a Dios; y le recemos a ella un Ave María para obtener su remedio.

Y en cuanto a la humildad inmensa que tuvo ¿cómo la ejercitó? No sólo llamándose esclava, sino con otras grandes humillaciones, que pretendió, más que otros pretenden las honras; porque, según S. Bernardo, no es verdadero humilde quien no quiere ser humillado. Verdaderamente que es para maravillar cómo la Virgen se sujetaba a todos, ella que no tenía por qué, buscando el lugar más ínfimo y asiento último para sí; y estando tan lejos de buscar su gloria, que de sólo verse alabada por el ángel se turbó. Y ¿qué hecho más heroico, que aquel que dicen le pasó con San Lucas, mientras escribía los actos de los Apóstoles, que le pidió tan de veras y tan de corazón que la nombrase en el postrer lugar cuando nombraba a los que estaban aguardando la venida del Espíritu Santo, hasta obligar al santo evangelista a condescender

con sus ruegos? En todas las cosas quería dar la preferencia a los Apóstoles, y no se quiso meter en sus juntas y concilios, con que gobernaban la Iglesia; sino que como si fuese inútil en el mundo se estaba callada, hasta que la preguntaban, respondiendo entonces con una prudencia celestial y como si hablara el mismo Espíritu Santo. También por cierto es de notar el silencio y encogimiento que tuvo esta Señora después que su Hijo empezó a mostrar al mundo que era Dios, con tales milagros que se llevaba tras sí los pueblos enteros; pues en todo ese tiempo no se lee en los evangelistas que hablase María palabra alguna ni se frecuentase con su Hijo más que otras mujeres cualesquiera que ninguna relación de parentesco, ni otra especial tenían con Él, no corriéndose la que era más pura que los ángeles de andar en compañía de tan pública pecadora, como fue la Magdalena: con la cual, lo mismo que con otras pecadoras, también se humilló, según cuenta Dionisio Cartujano. Y no fue pequeña humildad que pudiendo llamarse Madre de Dios, no se nombraba, ni se firmaba sino la esclava de Jesús, buscando el nombre más bajo quien tenía el título mayor de todos. Pues a

imitación de la Virgen debemos ser humildes procurando ser humillados.

No menos nos mostró cómo debíamos ser pobres evangélicos, no sólo con el afecto, sino efectivamente; porque esta Señora, aun antes de oír lo que enseñó su Hijo, renunció a su hacienda. Porque siendo sus padres San Joaquín y Santa Ana ricos y hacendados, y siendo Ella hija única, todo lo dejó por amor de Dios; y vivió pobremente, casándose con un pobre oficial, que comía del trabajo de sus manos y sudor de su rostro. Después por toda su vida guardó tal pobreza que, excepto lo que llevaba puesto, no tenía nada; pues aun para sepultar a su Hijo fue menester que la diesen lo necesario. Vivía de la limosna de los fieles. Cuando murió no tuvo suyo ni una alhaja de que pudiese disponer y dar a unas pobres mujeres, que habían sido buenas vecinas suyas; pues sólo los vestidos que llevaba (muy pobres de seguro) pudo legarles. Que sus camisas eran de estopa se averiguó en un concilio compostelano. Bien hay que hacer en imitar tan extremada pobreza de la Reina del Cielo, y no contentarnos sólo con el afecto, sino renunciar con la obra infinitas cosas superfluas de que gozamos.

No quiero dejar de aducir aquí lo que fue revelado al beato Juan Menesio; porque nos declara la gran pobreza y humildad de María, con una notable devoción al Santísimo Sacramento; pues dice que cuando fueron los apóstoles y otros discípulos, de diversas partes a asistir a la muerte de la Virgen, por la gran pobreza que aquella casa tenía no había cómo hospedarlo, ni darles qué comer; pero la pobre María, riquísima en merecimientos, alcanzó de su bendito Hijo modo de sustentarlos, y regalarlos muy bien, que fue recibiendo el Cuerpo de su Hijo, sustentándose los santos apóstoles los días que estuvieron allí con solo el Santísimo Sacramento; y la última vez que le recibió la Virgen, San Pedro celebró y comulgó a otros primero, pues quiso la humildísima María que a Ella se le diese en último lugar la comunión. En esta devoción al Santísimo Sacramento tenemos también mucho que imitar en esta gran maestra de virtudes, que siempre le tenía en su aposento, que era su oratorio, estando de continuo en oración delante de Él. Comulgaba cada día; regalábase con Él; y disponíase para recibirlo con actos heroicos de caridad y humildad (como es el que acabamos de decir), y de encendidos afectos, e intensísimos actos de amor

de Dios, que hizo a la presencia de este divino Sacramento, mereció finalmente expirar. Tocante a la castidad, ¿con qué extrema delicadeza la guardó María, haciendo voto de ella, cosa en el mundo hasta entonces no vista? Y luego, ¿con qué recato vivió en perpetuo recogimiento, con mucha penitencia, con muchos rigores de ayunos y oración y lecturas santas y otras obras penales, en que desde niña gastaba en el templo los días y las noches? Tenía tanto recato, que alcanzó de Dios una admirable particularidad del don de profecía, de modo que conociese anticipadamente si había ocasión de ver u oír alguna cosa indecente, para guardarse y recatarse. Los ojos nunca los alzaba del suelo con tan admirable modestia y compostura, que a todos causaba veneración y respeto, e infundía castidad. Era amable con todos, y terrible sólo con los menos puros.

La obediencia de María no fue menos admirable. Sujetóse a sus padres, cumpliendo el voto que había hecho de dicha virtud; luego estuvo sujeta a los sacerdotes del templo, sin hacer cosa por sólo su gusto; después se sujetó a un pobre carpintero. ¿Cómo cumplía las leyes, así eclesiásticas, como imperiales, aún cuando no debía? Ella se purificó, con excep-

tuarla la ley; pero para no ser singular, y para humillarse más, lo quiso hacer, obedeciendo a una sombra de precepto. Ella caminó desde Nazaret muchas leguas para obedecer el mandato de un tirano, que ordenaba se empadronase todo el mundo, no teniendo ella obligación a tal ley, ni debiendo obedecerla, aunque fuera por otra parte justa, con tanta incomodidad suya. Pues después no quiso ser menos obediente a los prelados de la Iglesia que fundó su Hijo, teniendo gran reverencia a los apóstoles, y posponiéndose a ellos con grande humildad y sumisión. La obediencia a Dios, nacida de su inefable caridad, ¿quién la podrá declarar? Basta decir, que por esta su grande obediencia y resignación de juicio quiso el Verbo Eterno hacer este particular favor a tan insigne virtud de María, que por un acto de esta obediencia obró una de las mayores maravillas que ha obrado, y puede obrar, que fue la Encarnación. Y en la muerte de su Hijo, cosa que le atravesaba el alma, ¿qué conformidad no tuvo con la voluntad divina, no hablando una palabra por él, ni yendo a llorar, y clamar a los jueces?

Lo cual, aunque no hubiese debido aprovechar nada, es señal de la heroica y estupen-

da virtud de María, con que sobrellevó cosa que sentía ella más que perder millones de vidas. Y aunque fue admirable el silencio de Cristo en su Pasión, no se sabe que fuese mayor que el de su Madre; porque no nos consta que hablase palabra, ni a su Hijo, ni al discípulo amado, ni a los Apóstoles, ni a los jueces, ni a los ministros, ni a los acusadores, ni al pueblo, ni a persona nacida para moverles a compasión. Y al pie de la cruz, ¿qué constancia y conformidad tuvo, sin hacer extremos, sin ausentarse, sin desmayarse? Que si bien tenía su corazón atravesado con penetrante espada de dolor, su profunda obediencia a Dios y conformidad con la voluntad del Padre hizo aquel milagro tan grande de guardarla viva y animosa; pues sin duda (si no fuera por esto) muriera de dolor mucho antes que su Hijo. Con la misma fortaleza, acompañada de viva fe, no se curó de ungir a su Hijo, a pesar de ser más piadosa que las otras Marías, que anduvieron tan solícitas de esto. No sé yo por cierto qué más singular dechado de obediencia nos podía dejar santo alguno, obedeciendo sin puntillos, con gran presteza, con sujeción de juicio, sin atender a si obliga o no obliga el mandamiento, sin reparar si es justo lo mandado o no, sin mirar a la persona del

que manda, y con tan constante desprecio de todo gusto propio por ver cumplido el divino. De todas estas tres virtudes, castidad, pobreza y obediencia, hizo voto María consagrando en sí la vida religiosa.

Pues y el silencio, que es también como divisa y señal de religiosidad, ¿cuál fue en María todo el tiempo que Jesús empleó en predicar? Después que hizo el primer milagro, por darle a Ella gusto, no se lee que hubiese hablado palabra; y de antes sólo se sabe que habló en cuatro ocasiones, todas necesarias: cuando la saludó el Angel, cuando visitó a Santa Isabel, cuando halló a su Hijo perdido, y cuando remedió aquella necesidad de las bodas de Caná, en todas las que nos muestra muchas virtudes. La prudencia y constancia en su propósito, cuando la saludó el Ángel; pues por no perder la virginidad ponía reparos en cosas tan grande como ser Madre de Dios, hasta que entendiendo que Dios lo había de hacer, no quiso pasar curiosamente más adelante a saber de qué modo. Cuando visitó a Santa Isabel nos enseñó su afabilidad, humildad y cortesía, saludando la primera, y además una ardiente devoción y agradecimiento a Dios con el cántico del *Magnificat*. Cuando encontró a su Hijo nos

mostró un heroico amor y estima de Dios y cómo le hemos de buscar de veras, y con qué quebranto del corazón, si le hubiéramos perdido. En las bodas nos dio ejemplo de su caridad y misericordia, para que no sea menester pedirnos remedio el prójimo, cuando conocemos que le ha menester.

Hay otra cosa, que debemos muy particularmente imitar en María, y es la entrañable devoción y amor a la Madre del Mesías, y el deseo que tuvo de servirla como esclava antes que supiese nada de lo que debía ser; porque como ella entendiese por la Sagrada Escritura (que meditaba continuamente) lo que habían dicho los profetas (mejor que los mismos profetas que lo dijeron), cómo el Hijo de Dios había de nacer de una Virgen para el bien del mundo, fue inexplicable el amor y estima que de tal Virgen concibió María, sin saber que fuese ella. Pensaba de continuo en la felicidad de tal doncella, en su dignidad, en su grandeza; y se habría tenido ella por dichosísima de ser su esclavita; y la habría servido de rodillas; y habría besado mil veces el suelo donde aquella pusiese sus plantas. La misma Virgen lo declaró a Santa Isabel monja, como con grande instancia oraba a Dios

por el bien del mundo y que la dejase ver aquella Virgen, por quien tanto bien le había de venir, suplicando ardientemente a su Majestad permitiese que ella fuese la más despreciada y la última esclava de su casa. Este afecto a la Madre de Dios hemos de imitar en ella misma cuando estaba tan lejos de pensarlo, como está el cielo de la tierra. Hemos de estimar, desear, amar y honrar a tal doncella, que mereció por su humildad tan inmensa dignidad, teniéndonos por dichosísimos, y muy honrados, de ser esclavos suyos, que a los tales Ella tiene por amados hijos, y pidiéndole continuamente reverencia de esclavos, amor de hijos, su misericordia como miserables, intercesión y amparo como pecadores.

CAPÍTULO XXV

Oración a la Virgen, en que se pide su amor y devoción.

Ave, humilde María; Ave, llena de gracia; Ave, llena de gloria; Ave, Madre de mi Dios;

Ave, Madre nuestra amorosa; Ave, única esperanza de los hijos de Adán; Ave, única esperanza de los afligidos. Inclinad a mí, miserable, vuestras tiernas y misericordiosas entrañas que consagró Jesús; inclinad vuestro amoroso corazón, que está lleno del Espíritu Santo; inclinad vuestros piadosos ojos, que vieron los primeros de todos a mi Redentor nacido. Mirad por mi remedio para que se haga en mí lo que pretendió mi dulce Jesús, que fue amásemos a su Padre, Dios Eterno; y a Vos su querida y tierna Madre, a quien está agradecidísimo por el dulce hospedaje que le disteis. Quiso, Señora, agradeceros ser su Madre con que yo fuera vuestro hijo. Admitidme siquiera entre vuestros más humildes esclavos. Ea, Señora, esté yo en vuestra familia, y en el último lugar de todos. No merecen mis pecados que me miréis; pero no por esto pierdo la confianza, pues títulos vuestros son el de *esperanza de los pecadores* y el de *madre de misericordia*; y así, en donde hay más miseria, allí habéis de ser más madre. Ea, Señora, téngaos yo respeto de esclavo y amor de hijo; pero si Vos no me lo alcanzáis de mi Dios, no tenéis que esperar de mí proceder alguno bueno. Ea, Señora, por vuestras misericor-

diosísimas entrañas y por mis grandes miserias, por vuestra dulzura, por vuestra blandura, Madre del manso Jesús, por el mismo Jesús, conceded a Él este gusto, y a mí esta misericordia: que os ame, Madre mía; que os sirva, Señora mía.

Bien veo que no tenéis necesidad de mis servicios, pues delante de Vos se arrodillan los serafines; a Vos os adoran como Reina los querubines; delante de Vos se humillan los tronos, se sujetan las dominaciones, se rinden las potestades del cielo, se abaten las más altas virtudes; delante de Vos se postran los principados, hincan la rodilla los arcángeles, y todos los demás ángeles se honran de ser vuestros vasallos. Los patriarcas os predican; los apóstoles os bendicen; los mártires os engrandecen; los pontífices os alaban; los confesores os ensalzan; las vírgenes os siguen, y el mismo Dios os obedece. Entre tantos que os sirven y reverencian, no me habréis menester; pero tampoco será mucho admitir un mal siervo entre tantos buenos, para que con su compañía y ejemplo me enseñen a amaros y serviros. Los ángeles me edifican con el amor que os tienen, desinteresado cual no es el mío. Los patriarcas me avergüenzan, amándoos antes

de experimentar nuestras misericordias. Los apóstoles me enseñan a serviros, pues aun antes de ser coronada por Reina de todo lo criado, os sirvieron como a su Señora; y yo, después de los innumerables beneficios que he recibido de Vos, y después de tener tan experimentada vuestra misericordia, y después de constituida por mi Reina y por mi Madre, no me desahogo en devoción y amor vuestro. ¿En dónde está mi agradecimiento? ¿En dónde mi reconocimiento, y en dónde mi amor a Dios, y en dónde el amor a mí mismo, si no amo a quien tanto me ama, si no amo a la fuente de todo mi bien?

Señora, si a Vos no acudo, ¿de dónde puedo esperar bien alguno, pues de Vos me viene toda mi dicha? Señora, si a Vos no acudo, ¿de quién me podré fiar, pues Vos sois la que más me amáis después de Dios; la que me ama con toda fidelidad y ley; la que me ama incomparablemente más que yo mismo? Señora, si a Vos no acudo, ¿en dónde podré hallar seguro amparo? Vos sola sois Madre de Dios; Vos sola Santa de los santos; Vos sola tenéis autoridad para que os tenga respeto la Justicia divina. A Vos os ama de tal manera vuestro Hijo, que por vuestro amor perdonará a sus enemigos.

Ea, Señora, que no tengo de quién esperar sino de Vos; ni tampoco (sea lícito a mi confianza decir esto) tendré de quién quejarme sino de Vos. No, no, Señora, no vale decir que tengo a vuestro Hijo enojado, porque Vos le podéis aplacar, y más le agradaron vuestros merecimientos que mis desagradecimientos le pueden airar. En vuestra mano está desenojarle, que Él es manso y humilde de corazón, aun con los extraños: pues para con su Madre, y tal madre, ¿qué ternura no tendrá? ¿qué mansedumbre no le mostrará? ¿para qué os llamáis Madre de misericordia? ¿para que os hicieron Madre del misericordiosísimo Jesús, sino para que experimentemos su misericordia y la vuestra? ¿de dónde puedo yo esperar remedio, sino de donde le sacaron todos? ¿cómo es posible que me falte a mí misericordia, pues no faltó a todos los del mundo?

Vuestro Hijo, Señora, vino a buscar la oveja perdida; ¿cómo Vos la habríais de dejar perder, cuando más la busca? Vuestro Hijo vino a llamar los pecadores; ¿cómo Vos no habríais de oír a quien os llama de corazón? Vuestro Hijo rogó por los que le crucificaban; y ¿Vos no habríais de alcanzar perdón para quien os ruega? ¡Oh Señora! Pruébese en mí que Vos

sois verdadera Madre de misericordia, verdadera Madre de mi Redentor, esperanza de los hombres, consuelo de los pecadores, propiciatorio de Dios, tesorera del Espíritu Santo, dispensadora de sus gracias. ¿Es posible que David hallase misericordia tan fácilmente cuando no estabais Vos en el mundo? ¿Cuándo no existía vuestra intercesión? ¿Cómo yo no la alcanzaré ahora que sois intercesora, ahora que tenemos a vuestro Hijo tan bueno, crucificado por nosotros, y a Vos, Madre buena, que lo llevasteis con paciencia, porque era para mi bien? Sienta yo que sois causa de mi dicha, justo con mi Redentor Jesús crucificado por mí.

Ea, Jesús, mirad a vuestra Madre llorosa; ea, María, mirad a vuestro Hijo ensangrentado. Ea, Jesús, por vuestra Madre querida; ea, María, por vuestro Hijo amado, tened misericordia de mí. Ea, Jesús, Hijo obediente y tan bueno de María; ea, María, Madre amorosa y tan buena de Jesús, causa sois de mi bien; y no son menester nuevos trabajos para redimirme. Ea, Jesús, que no es menester derramar sangre; ea, María, que no es menester derramar lágrimas. ¡Oh Juez justo! ¿a quién acudiré sino a la Abogada piadosa? ¡Oh reconcilia-

dora del mundo! si mi Abogada me desecha, ¿el Juez cómo me absolverá? ¡Oh Madre de salud! ¿por quién abogaréis sino por el perdido? ¡Oh Madre del Redentor! ¿por quién intercedereis sino por su redimido? ¡Oh Madre de misericordia! ¿por quién debéis mirar sino por el miserable? O si no, decidme si hay otro refugio para mí; si hay otra persona humana de mayor misericordia, o que más me quiera, o si hay otra más poderosa con Dios. Si no la hay, ¿qué excusa podéis tener? ¿acaso mi poca fe? ¿mi poco afecto? ¿mis grandes pecados? Señora, por esto os pido una grande hazaña de vuestra misericordia, que, no debiendo ser oído, me oigáis; que, debiendo ser condenado, me salvéis, que, debiendo ser desechado, me amparéis; que, debiendo ser hijo de ira, la sea de misericordia, sea hermano de vuestro Hijo, sea Hijo de Dios, sea hijo vuestro. - Amén.

ÍNDICE

CAPÍTULO I.- Cuánto debe ser amado Dios, por querer tanto como quiere que amemos y sirvamos a tal criatura como su Madre. 3
CAP. II.- Cuánto gusta Dios que amemos y sirvamos a María, Virgen y Madre suya. 9
CAP. III.- Por qué gusta tanto Dios que amemos y sirvamos a María, Virgen Santísima. 16
CAP. IV.- De otras causas por que quiere Dios que amemos a María, Virgen Santísima. 22
CAP. V.- Del amor que toda la Santísima Trinidad tiene a María Santísima, por el cual quiere que la amemos. 26
CAP. VI.- Del amor que tienen todas las jerarquías de los ángeles a María, Madre de Dios, y cómo los debemos imitar. ... 36
CAP. VII.- Cuán grande es el amor que tienen los ángeles a María, Madre de Dios. 48
CAP. VIII.- Cómo fue deseada María, Virgen, Madre de Dios, de los patriarcas y profetas. 55

CAP. IX.- Del grande amor y reverencia que tuvieron los Apóstoles y discípulos de Cristo a María, Madre de Dios. 62
CAP. X.- Del amor y ternura que otros santos varones han tenido para con la Virgen María. 75
CAP. XI.- Del amor y devoción a María que muestran los santos en sus sentencias. 87
CAP. XII.- De los títulos que hay para amar a María, Madre de Jesús, y del primero, que son sus beneficios. 99
CAP. XIII.- Cómo debe ser amada y servida María, Madre de Dios, por lo que depende de ella el incomparable beneficio de nuestra predestinación. 107
CAP. XIV.- Cómo debe ser amada María, Madre de Dios, por lo mucho que nos ama. 115
CAP. XV.- Cómo debe ser amada María, Madre de Dios, por lo que padeció por nosotros. 124
CAP. XVI.- Cómo debe ser amada María, Virgen Santísima, por su admirable majestad y bondad. 134
CAP. XVII.- Cómo debe ser amada María, Madre de Dios, por su admirable hermosura y majestad. 142

CAP. XVIII.- Cómo debe ser amada María, Madre de Dios, por la admirable hermosura de su alma. 148
CAP. XIX.- Cómo debe ser amada María, Madre de Dios, por lo sumamente agradecida que es. 157
CAP. XX.- Cómo debe ser amada María, Madre de Dios, por ser nuestra Reina, por ser nuestra Madre, por ser Madre de Dios y quererlo Dios. 168
CAP. XXI.- Cómo debe ser servida y amada María, Virgen y Madre de Dios, por la grande dulzura que da al servirla. .. 176
CAP. XXII.- De qué modo hemos de amar y servir a María, Madre de Dios y Reina de los ángeles. 181
CAP. XXIII.- De la salutación angélica y del modo de rezar el Rosario que enseñó la Virgen a Santo Domingo y al beato Alano, con otras advertencias. 191
CAP. XXIV.- Virtudes de María, Virgen Santísima y Madre de Dios. 204
CAP. XXV.- Oración a la Virgen en que se pide su amor y devoción. 215